



GLORIA M. COMESAÑA SANTALICES

# **"El segundo sexo"; vigencia y proyección**

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION

## 1. ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

Dentro de la obra de Simone de Beauvoir, "El Segundo Sexo" ocupa un lugar destacado y único. Iniciado como algo fortuito, tal como la misma autora lo señala en el tercer tomo de sus Memorias<sup>1</sup>, ha venido a convertirse en el centro de su obra, no sólo en el más leído y trabajado de sus libros, sino en aquel que ha tenido una mayor repercusión e influencia, y cuya transcendencia, aún hoy se hace sentir de una manera que todavía resulta difícil medir.

Gracias a las revelaciones de la autora en sus "Memorias", resulta apasionante descubrir la génesis de "El Segundo Sexo", y ver a partir de allí, no sólo la evolución del pensamiento de Simone de Beauvoir acerca de la cuestión femenina, sino el itinerario de su compromiso con la causa de la mujer.

Tal como lo relata en "La Fuerza de las Cosas", el comienzo, de lo que sería "El Segundo Sexo" fue meramente casual.

"En la punta de los dedos sentía la necesidad de escribir y en mi garganta el gusto de las palabras pero no sabía qué emprender (...) De hecho tenía la necesidad de hablar de mí (...) Comenzaba a pensar en eso, a tomar algunas notas y le hablé de esto a Sartre. Me daba cuenta de que se planteaba un primer problema: ¿qué es lo que había significado para mí ser una mujer? Ante todo creí poder liberarme de esto rápidamente. Nunca había tenido sentimiento de inferioridad, nadie me había dicho: 'Usted piensa así porque es una mujer'; mi femineidad no me había molestado nada. 'Nunca le dije a Sartre, eso ha contado para mí'. 'Sin embargo, no has sido educada de la misma manera que un muchacho: habría que mirar más de cerca'. Miré y tuve una revelación: este mundo era un mundo masculino, mi infancia se había alimentado de mitos forjados por los hombres y de ninguna manera había reaccionado como si fuera un muchacho. Me interesé tanto que abandoné el pro-

1. BEAUVOIR de Simone. **La fuerza de las cosas**. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969. p.224 y ss.

yecto de una confesión personal para ocuparme de la condición femenina en su generalidad".<sup>2</sup>

Poco a poco el ensayo va tomando cuerpo y desborda sus proporciones iniciales:

"(...) al querer hablar de mí me dí cuenta que tenía que describir la condición femenina; ante todo consideraba los mitos que los hombres han forjado de ella a través de las cosmologías, las religiones, las supersticiones, las ideologías, las literaturas (...) en todo caso el hombre se ponía como Sujeto y consideraba a la mujer como un objeto, como la Otra. Esta pretensión se explicaba evidentemente por circunstancias históricas, y Sartre me dijo que yo debía indicar también las bases fisiológicas. (...) hablamos de ello largamente y vacilé: no habría pensado escribir una obra tan vasta. Pero, en efecto, mi estudio sobre los mitos quedaba en el aire si no se sabía qué realidad cubrían. Me sumergí pues en libros de fisiología y de historia. No me limité a compilar; hasta los científicos, y de los dos sexos, están imbuidos de prejuicios viriles y traté de recuperar, por detrás de sus interpretaciones, los hechos exactos. (...).

Me había puesto a mirar a las mujeres con unos ojos nuevos o iba de sorpresa en sorpresa. Es extraño y estimulante descubrir bruscamente a los cuarenta años un aspecto del mundo que hiere la vista y que uno no veía. Uno de los malentendidos que ha suscitado mi libro consiste en que se ha creído que yo negaba toda diferencia entre el hombre y la mujer: por el contrario, al escribirlo medí lo que los separa; lo que sostuve es que esas desemejanzas son de orden cultural y no natural. Me puse a contar sistemáticamente cómo se crean desde la infancia hasta la vejez; examiné las posibilidades que este mundo ofrece a las mujeres, las que les rehusa, sus límites, sus frustraciones y sus oportunidades, sus evasiones y sus realizaciones"<sup>3</sup>.

De modo que lo que originalmente no era más que una urgente necesidad de hablar de sí misma, se convierte en un vasto ensayo sobre la condición femenina en su totalidad. Entre octubre de 1946 y junio de 1949, Simone de Beauvoir, ocupada también en otros proyectos, escribe "El Segundo Sexo", cuyo primer tomo **Los Hechos y los Mitos** publica Gallimard en junio de 1949. El segundo tomo **La Experiencia Viva** aparece en noviembre de ese mismo año. El libro fue un éxito de librería desde el momento de su aparición. Las **reacciones** de los lectores fueron desde el agradecimiento y la alabanza hasta las posiciones extremas de pudor ofendido y escándalo. En todo caso "El Segundo Sexo" fue desde el primer momento un libro polémico. Para medir lo exaltado y visceral de muchas reacciones totalmente subjetivas, es preciso situarse en la época y comprender el rol de pionera que cumplió Simone de Beauvoir al plantear de una manera seria, documentada y

2. Ibidem. p.120.

3. Ibidem. pp.224-225.

combativa la problemática de la condición femenina bajo sus diversos aspectos. "El Segundo Sexo" proporcionaba además por primera vez una fundamentación filosófica a la reflexión sobre la milenaria situación de subordinación en que vive la mitad femenina de la humanidad. La obra esquivaba toda absurda querella sobre la inferioridad o superioridad relativa de cada una de los sexos, para plantear que la situación de la mujer no es producto de la naturaleza, sino resultado de una elaboración cultural arbitraria de los datos naturales. El determinismo natural quedaba fuera de combate al demostrar Simone de Beauvoir que "no se nace mujer, se llega a serlo" según la frase que ella hizo famosa.

Así, el peso de la circunstancia cultural, de la educación y del ambiente quedaba claramente señalado como el elemento clave explicativo de la situación de desventaja en que el sexo femenino se ha encontrado a lo largo de la historia.

Todo esto permite comprender las reacciones escandalizadas y de orgullo herido de todos aquellos hombres que se alzaron en contra de la obra de Simone de Beauvoir. Entre todos los insultos, ofensas, anónimos, etc. que "El Segundo Sexo" valió a su autora, cabe destacar, como ella lo hace, las actitudes de Mauriac, Camus, Guitton, Hoog, etc. que se caracterizaron por su virulencia y su aspecto absurdo, tratando de disminuir el alcance de la obra al atribuirle un carácter subjetivo y compensador, y al ver en ella una ofensa al orgullo masculino. De la derecha a la izquierda los gritos de escándalo y de dignidad ofendida fueron los mismos. "El Segundo Sexo" tuvo sin embargo desde el comienzo sus defensores y lectores entusiastas: Sartre, Bost, Merleau-Ponty, Leiris, Giacometti, Jeanson, Nadeau, Mounier y por supuesto, la gran mayoría de las mujeres. Muchas se sintieron confundidas, asustadas o irritadas al ver su condición develada con tanta lucidez: no es fácil enfrentarse con la propia realidad sometida e inferiorizante y mucho menos hacer el esfuerzo y lograr salir de ella. Para la mayoría de las mujeres, sin embargo, fue un detonador y un punto de partida para tomar las riendas de su vida y comenzar a luchar por el derecho a ocupar un puesto en el mundo, al mismo título y con las mismas oportunidades que los hombres. Con toda razón puede verse en este libro un precursor de los actuales movimientos de liberación femenina, y en todo caso uno de sus puntales ideológicos fundamentales. Por primera vez en este siglo, "El Segundo Sexo" suscitó, al principio en Francia y después en el mundo entero, numerosos debates y discusiones, e incluso cursos

y seminarios sobre la condición femenina, en una época en que el feminismo contemporáneo aún no se había manifestado.

Paradójicamente, en el momento de escribir "El Segundo Sexo" Simone de Beauvoir se situaba fuera de toda polémica o intención "feminista". En efecto, esta palabra, que coloca cuidadosamente entre comillas, tiene para ella el sentido de querellas fanáticas o en todo caso parcializadas. Así, tanto en sus "Memorias", como previamente en "El Segundo Sexo" se delimita claramente del "feminismo":

"Sin embargo, no debemos considerar con menos desconfianza los argumentos de las 'feministas': muy a menudo la preocupación polémica les quita todo valor. Si el 'problema de las mujeres' es tan ocioso se debe a que la arrogancia masculina lo ha convertido en una 'querella' y cuando la gente querella no razona bien"<sup>4</sup>.  
"Jamás he alimentado la ilusión de transformar la condición femenina; depende del porvenir del trabajo en el mundo, sólo cambiará seriamente al precio de una revolución de la producción. Por eso he tratado de no encerrarme en el llamado 'feminismo'"<sup>5</sup>.

Como vemos por esas citas, y al igual que muchas mujeres hoy en día, que tratan de situarse en un terreno supuestamente neutral y alejadas de toda polémica, Simone de Beauvoir se aparta del "llamado feminismo" por considerarlo una posición parcial, cuya expresión intelectual sería la "querella" prejuiciada. También es cierto que para aquella época el feminismo no tenía ni la amplitud de un movimiento de masas ni la fundamentación teórica rigurosa que ha alcanzado en la actualidad. Faltaban también las luchas coronadas con éxitos, así sean parciales, y con ello la sanción de la historia, que ha hecho del feminismo, a partir de los años 60 uno de los movimientos claves del mundo contemporáneo. Precisamente, sin proyectarlo expresamente la autora, "El Segundo Sexo" contribuyó a producir todo eso; pero para el momento en que lo escribió, Simone de Beauvoir no podía preverlo, y como no pretendía ni imaginaba que pudiese iniciar una oleada liberadora de las mujeres, sino analizar y revelar la verdad de la condición femenina, su actitud es comprensible. Por otra parte ella esperaba la liberación de las mujeres no a partir de un movimiento organizado de las interesadas, o provocada por un ensayo como el suyo, por exacto y riguroso que éste fuese,

4. BEAUVOIR de Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970. p.23.

5. BEAUVOIR de, Simone. Op. Cit. p.232.

sino como resultado de una "revolución de la producción"<sup>6</sup>, es decir, de la revolución socialista. En efecto, como ella misma lo señala en la conversación que sostiene con Sartre acerca de la problemática de la mujer, en el número de la revista **L'Arc** que le fuese dedicado,

"Teníamos la misma actitud, es decir, que ambos creíamos que la revolución socialista conduciría necesariamente a la emancipación de la mujer"<sup>7</sup>.

En la época en que escribió "El Segundo Sexo" pues, y todavía durante mucho tiempo, Simone de Beauvoir creyó confiadamente que el socialismo era la única esperanza para las mujeres. Y aún cuando ya en esta obra, tanto en el capítulo dedicado al materialismo histórico<sup>8</sup> como en la parte que consagra a la URSS en la sección titulada "Historia"<sup>9</sup>, muestra claramente los altibajos de la política soviética en lo que respecta a los derechos de la mujer y el mejoramiento de su condición, todo esto no la lleva aún a cuestionar la capacidad del socialismo concreto para resolver la problemática de la situación subordinada de la mujer. Pese a todo, y sopesando los pros y los contras, ella concluye su análisis sobre la mujer en Rusia diciendo que su situación es singular y que valdría la pena estudiarla de cerca, pero que las circunstancias del momento se lo impiden<sup>10</sup>.

Con el paso del tiempo, sus repetidos viajes a Rusia le permitieron apreciar de cerca la realidad de la condición de la mujer en la Unión Soviética. A partir de ello y de su contacto con los movimientos de mujeres que empiezan a surgir en Norteamérica y Europa y luego en el mundo entero, considerándose en buena medida como herederos de "El Segundo Sexo", Simone de Beauvoir va a cambiar radicalmente de actitud, hasta devenir una feminista militante y adoptar con gusto la denominación que antes había rechazado. Ella misma lo explica en la revista **L'Arc** antes mencionada:

"Tuvimos que desengañarnos, porque nos dimos cuenta de que ni en la URSS, ni en Checoslovaquia, ni en ninguno de los países llamados socialistas que cono-

6. Vid., Supra.

7. "Simone de Beauvoir et la lutte des femmes", en: Revista **L'Arc**. No. 61. Aix en Provence. 1975. p.5. Traducimos nosotros.

8. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. cit., p.76.

9. Ibídem. pp.171-173.

10. Ibídem. p.173.

mos, la mujer era verdaderamente la igual del hombre. Fue eso lo que me decidió, a partir de 1970 más o menos, a adoptar una actitud francamente feminista. Quiero decir con ello, a reconocer la especificidad de las luchas de las mujeres"<sup>11</sup>.

Esa actitud "francamente feminista" fue en adelante la de Simone de Beauvoir hasta el final de su vida. Y quiso ser una militante más. Participó en la mayor parte de las luchas feministas francesas y se relacionó con grupos feministas del mundo entero. En Francia perteneció a la Liga de los derechos de la Mujer y no hubo iniciativa feminista que quedase sin su apoyo, prestando su nombre y la celebridad que había alcanzado para contribuir al triunfo de muchas causas. En los últimos tiempos había participado en la filmación de una serie televisiva sobre "El Segundo Sexo" y colaboraba con una comisión de estudios del Ministerio de los Derechos de la Mujer del gobierno socialista francés.

Hay pues un largo y apasionante camino entre la Simone de Beauvoir que escribe "El Segundo Sexo" pretendiendo no encerrarse en la apelación "feminista" porque se siente en terreno neutral, y aquella otra Beauvoir, casi veinte años después, que se entrega de lleno a la causa feminista porque en su evolución, como tantas otras mujeres en la misma época, comprende la necesidad de organizarse y luchar unidas bajo un denominador común: la especificidad de la problemática de la mujer, que exige un combate y unas reivindicaciones igualmente específicas. De la una a la otra se trata de la misma persona, y el recorrido es lógico y característico de muchos destinos individuales: se ve, se estudia, se analiza el problema de la mujer objetivamente, desde la posición privilegiada de quien ha logrado escapar a la mayor parte de los inconvenientes y desventajas culturales del sexo, y desde allí, con tanta mejor penetración, se enfrenta la realidad de la condición femenina. No se ve la necesidad de declararse "feminista"<sup>12</sup> porque aún no se ha comprendido que la causa de las mujeres no puede ser conducida sino por ellas mismas, ni resuelta su situación sino a partir de una lucha que ellas mismas lleven hasta sus últimas consecuencias. Esto es lo que Simone de Beauvoir como tantas otras comprende. Es preciso, sobre to-

11. Op. Cit., p.5 Traducimos nosotros.

12. Muchas de las mujeres que adoptan esta posición no lo hacen sin embargo de tan buena fe como Simone de Beauvoir. Se trata más bien, en la mayoría de los casos, de personas que niegan la existencia de una situación de opresión de la mujer, y que habiendo logrado una posición privilegiada en el sistema de instituciones masculinas, prefieren traicionar a su sexo a fin de conservar el lugar que individualmente han alcanzado.

do si se es privilegiada, asumir en su totalidad la problemática de la condición femenina, sentirse absolutamente solidaria de toda mujer oprimida, y convencerse de que mientras existan estructuras, leyes, instituciones que hagan real y legalicen la posición de subordinación de la mujer, ninguna podrá sentirse ni estar verdaderamente liberada, por ventajosa o privilegiada que sea su situación. A esa conclusión llegó Simone de Beauvoir al empezar a militar.

Es evidente sin embargo, que su posición privilegiada le fue muy provechosa a la hora de elaborar sus obras sobre la condición femenina. Ella lo reconoce ya desde las primeras páginas de "El Segundo Sexo"<sup>13</sup> y luego en sus "Memorias"<sup>14</sup>. En efecto, como bien lo expresa Francis Jeanson en el libro que le dedica,<sup>15</sup> la más completa y radical denuncia de una situación opresora, desde el punto de vista del **sentido** de esta opresión, sólo puede venir de la parte de una conciencia que no sea totalmente prisionera de la situación que desenmáscara, y que precisamente, por encontrarse en un lugar clave, privilegiado decimos, entre la pertenencia a una condición en razón de su sexo, y su independencia de ella en razón de su actitud y posición en el mundo, puede comprender mejor que otros el antagonismo entre ambas posiciones, y los daños que ella causa a la totalidad de los individuos, tanto oprimidos como opresores. Así, concluye Jeanson:

"El Segundo Sexo" ha llegado tan bien a las mujeres, en la medida en que su autora disponía de la distancia necesaria para describir una situación a la cual ella había en parte escapado, pero de la cual seguía sintiéndose solidaria porque le seguía siendo presente, a la vez en su cuerpo (en cuanto sexualidad asumida) y en el mundo (en cuanto obstáculo a toda empresa real de humanización). Simone de Beauvoir no sufría por el hecho de ser mujer, sino por ver su propia existencia contestada día tras día por la permanencia de un abismo entre la mayor parte de los hombres y la mayor parte de las mujeres. Tal es el sentido profundo de una empresa cuyos efectos sobre nuestras propias conciencias aún no hemos terminado de medir"<sup>16</sup>.

Simone de Beauvoir era pues la mujer indicada para escribir una obra como "El Segundo Sexo" que aún hoy en día, a pesar de todo lo que desde tan diversos ámbitos se ha escrito sobre la mujer, no tiene

13. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. cit., pp.23-24.

14. BEAUVOIR de, Simone. **La fuerza de las cosas**. Ed. cit., pp-228-229.

15. JEANSON, Francis. **Simone de Beauvoir ou l'entreprise de vivre**. Seuil, París, 1966.

16. Ibidem. p.215.

igual, y puede decirse que permanece insuperable. El feminismo contemporáneo no podía encontrar mejor fuente ideológica a la cual referirse.

## II. ESTRUCTURA DE LA OBRA

La obra está constituida por dos temas que se presentan como complementarios. El primero se titula **Los Hechos y los Mitos** y comprende, además de una "Introducción" de extraordinaria importancia filosófica, tres grandes partes. La primera, titulada "Destino", abarca tres capítulos en los cuales Simone de Beauvoir analiza críticamente uno tras otro, los puntos de vista que sobre la mujer tienen la biología, el psicoanálisis freudiano y el materialismo histórico. En todos los casos ella muestra cómo cada uno de esos puntos de vista resulta parcial, incompleto o prejuiciado a la hora de plantear la problemática de la mujer, y que en todo caso no tocan el fondo mismo del problema: sus raíces culturales a partir de una interpretación arbitraria de los datos naturales.

En la segunda parte titulada "Historia", se analiza la posición de la mujer en la historia a partir de las hordas primitivas hasta los primeros cuarenta años de nuestro siglo. Las primeras páginas de este aparte contienen de una manera más detallada que en la Introducción, la interpretación de la problemática de la opresión de la mujer desde un punto de vista filosófico a partir de la categoría hegeliana de la alteridad y de las nociones fundamentales de la filosofía existencialista. Estas páginas revisten una extraordinaria importancia, ya que explicitan los supuestos filosóficos que sustentan los análisis y conclusiones de "El Segundo Sexo".

La tercera parte se refiere a los mitos a través de los cuales la civilización masculina ha interpretado y mistificado la realidad femenina. Tiene tres capítulos, de los cuales el primero está consagrado a mostrar los rostros diversos, cambiantes y ambiguos que los mitos atribuyen a la mujer para dominarla mejor y apresar su alteridad. El mito viene a ser no sólo la expresión de todas las obsesiones masculinas sobre la mujer, sino al mismo tiempo un elemento de mistificación destinado a mantener y justificar su dominación. En este capítulo el análisis de Simone de Beauvoir pretende ser exhaustivo y abarcar no sólo la totalidad de los rostros que los mitos atribuyen a la mujer, sino la variedad de los mismos a lo largo de la historia y de las civilizaciones. En un segundo capítulo de este aparte, la autora hace un análisis crítico detallado del mito de lo femenino en la obra de una serie de escritores

que ella considera ejemplares con respecto a su manejo mistificador de la figura femenina: Montherlant, D.H. Lawrence, Claudel, Breton y Stendahl.

Por último, en un tercero y breve capítulo, analiza el papel de los mitos en la vida cotidiana, su rol en las costumbres y hábitos a través de los cuales se relacionan los individuos de ambos sexos.

El segundo tomo de "El Segundo Sexo", más voluminoso que el primero, se titula **La Experiencia Vivida** y se refiere a la situación de la mujer considerada como individuo que crece y se sitúa en un mundo dado dentro del cual intenta con mayor o menor éxito realizarse. La primera parte titulada "Formación" analiza desde un punto de vista crítico, el aprendizaje de la femineidad tal como la cultura occidental la impone. Simone de Beauvoir muestra a través de cuantos avatares, en la aceptación o en la rebeldía declarada o implícita, el ser humano niña **deviene** mujer.

En la segunda parte: "Situación" presenta a la mujer situada en el mundo y enfrentada a la realidad de la condición femenina tal como lo ha forjado el sistema patriarcal en que vivimos. Los análisis que Simone de Beauvoir hace de la maternidad, el matrimonio, la participación de la mujer en la vida social, la prostitución, la vejez, etc. se cuentan entre los más agudos y acertados de su obra. La tercera parte, a través de tres capítulos: la narcisista, la enamorada y la mística, muestra tres posibilidades de fuga inauténtica a través de las cuales la mujer trata de huir de la condición de subordinación a la cual el sistema patriarcal la destina. Sus certeros análisis muestran también y como en contrapunto, lo que estas actitudes podrían ser, como auténticas, de la parte de un ser libre e independiente, dentro de un mundo en el cual la mujer tuviese, en igualdad de condiciones con el hombre, las mismas oportunidades y derechos.

La cuarta parte de este volumen: "Hacia la liberación", retoma en un único capítulo: "La mujer independiente" estas ideas, señalando los caminos nuevos que se abren a la mujer en el mundo contemporáneo (el de los años 40-50), pero así mismo las dificultades que encuentran aquellas que desean liberarse en un mundo que es todavía enteramente masculino. Y como todavía no se presiente la posibilidad de que las mujeres se organicen para luchar eficazmente por sus reivindicaciones, el terreno parece aún terriblemente minado y lleno de obstáculos para la mujer que desea evitar el destino de la condición femenina tradicional.

Simone de Beauvoir concluye este volumen señalando la importancia de la ideología (sin mencionar el término) en el intento liberador de la mujer. No basta con la independencia económica señala, que es sin embargo el punto de partida de toda liberación; se hace necesario transformar hasta el fondo el contexto educativo en el cual desde la infancia la mujer evoluciona. Sólo educando a la niña de la misma forma que al niño, e inculcando en ambos sexos una ideología de igualdad y los mismos principios y valores, puede la palabra liberación llegar a tener un contenido concreto. La mujer como el hombre será lo que hagan de ella, de modo que el contexto cultural es el que en definitiva determina la condición femenina sometida o liberada. Y Simone de Beauvoir termina citando a Marx cuando éste afirma que del carácter de la relación del hombre con la mujer puede concluirse hasta qué punto al comportamiento **natural** del hombre se ha convertido en **humano**, y añade luego como la indicación de un camino a seguir:

“No es posible expresarlo mejor. Al hombre (al ser humano, se entiende) —añadimos nosotros— le corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en la entraña del mundo dado. Para lograr una suprema victoria es preciso, entre otras cosas, que por encima de las diferenciaciones naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad”<sup>17</sup>.

### III. SUPUESTOS FILOSOFICOS

Es preciso detenernos ahora a analizar los supuestos filosóficos de los que parte “El Segundo Sexo”, las ideas claves sobre las que fundamenta sus análisis, y la interpretación que hace acerca del origen de la situación de opresión que sufre la mujer en el mundo.

Desde la introducción, la autora pone las cartas a la vista: la dialéctica hegeliana de las conciencias y el existencialismo sartreano le proporcionan las categorías necesarias para comprender la problemática de la condición femenina. No nos referiremos a ello sino brevemente, ya que ha sido el objeto de un trabajo<sup>18</sup> más extenso que hemos elaborado años atrás.

La peculiar relación que une al hombre y a la mujer, Simone de Beauvoir la explica recurriendo a la noción de alteridad, en su doble

17. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Clt., tom., II, p.518.

18. COMESAÑA S., Gloria M. “La alteridad, estructura ontológica de las relaciones entre los sexos”, en: **Revista de Filosofía**, No. 3, Centro de Estudios Filosóficos. LUZ, Maracaibo, 1980.

sentido, y concretando luego ésta a partir de la dialéctica de las conciencias, la dialéctica del Amo y del Esclavo tal como la presente Hegel en "La Fenomenología del Espíritu".

En efecto, "la alteridad", nos dice Simone de Beauvoir, "es una categoría fundamental del pensamiento humano"; la categoría del Otro es tan antigua como la conciencia, de modo que para definirse como tal toda conciencia requiere enfrentarse a una conciencia opuesta a la que captará como otra y a la cual, como bien lo explica Hegel, tratará de imponerse para arrancarle su reconocimiento. Sin embargo la otra conciencia, recíprocamente, la opone una pretensión semejante. Ya sabemos cómo resuelve Hegel el problema a través de la dialéctica del Amo y del Esclavo, y no es éste el lugar para exponerla. Lo que nos interesa e interesa aquí a la autora, es destacar la importancia de la alteridad y del enfrentamiento conflictivo entre las conciencias para explicar las relaciones entre los sexos y el papel subordinado que siempre ha correspondido a la mujer. Así resulta, dice ella, que el hombre encuentra en la mujer no sólo otro individuo, otra conciencia, sino la expresión misma de la Alteridad, reduciéndola a ser la expresión por excelencia de esta categoría.

"Ya se ha dicho que el hombre no se piensa jamás sino pensando al **Otro**; capta al mundo bajo el signo de la dualidad, y, en principio, ésta no tiene un carácter sexual. Pero, siendo naturalmente distinta del hombre, que se plantea como lo mismo, la mujer está clasificada en la categoría de lo Otro; lo Otro envuelve a la mujer..."<sup>19</sup>.

Hasta que llega el momento en que la mujer deviene la representación absoluta de la Alteridad. En ese momento, su realidad como otra conciencia, como individuo otro pero semejante pasa a segundo plano y desaparece casi, en beneficio de este rol de Alteridad Absoluta que se atribuye a la mujer. El hombre ya no ve en la mujer a una conciencia individual que se le enfrenta al mismo título que la suya, sino la expresión de la más radical Extrañeza:

"En la medida en que la mujer es considerada como el Otro absoluto, es decir —sea cual sea su magia— como lo inesencial, es precisamente imposible mirarla como otro sujeto"<sup>20</sup>.

19. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Cit. Tom., I. p.95.

20. Ibidem. p.97.

Dice Simone de Beauvoir, y añade a pie de página:

“Las épocas que miran a la mujer como el **Otro** son las que se niegan más ásperamente a integrarla a la sociedad a título de ser humano. Hoy día ella no se convierte en **otro** semejante si no es perdiendo su aura mística. Los antifeministas han jugado siempre con este equívoco. Aceptan gustosos el exaltar a la mujer como **Otro**, de manera de constituir su alteridad como absoluta, irreductible, y de negarles el acceso al **mitsein** humano.”<sup>21</sup>

Ahora bien, lo que constituye a esta situación como problemática no es en sí el hecho de que la mujer sea para el hombre la expresión misma de la Alteridad absoluta, sino lo que viene a añadirse a ello: la valoración negativa que se hace de lo que es Otro, y el carácter irreversible que parece tener esta atribución. En efecto, la conciencia-sujeto que busca en la otra el reconocimiento, no sólo espera de ella sumisión y pleitesía, en una palabra que sea conciencia-objeto, sino que a la vez la reviste de todos aquellos valores que rechaza de sí por considerarlos negativos e indeseables. Así al Otro, y en este caso a la mujer, que es para el hombre lo Otro por excelencia, se le atribuye todo lo que se coloca del lado del Mal: a lo largo de la historia la mujer ha sido caracterizada como obscuridad, maldad, noche, irracionalidad, etc. De las parejas de opuestos que pueden constituirse con todos los conceptos, a ella se atribuirá siempre aquello que se valore como negativo, malo o inferior.

Y aún esto no sería suficiente para determinar una condición femenina oprimida, si a ello no se añadiese el hecho de la irreversibilidad que ha presentado hasta ahora la relación entre el hombre y la mujer. ¿Por qué la conciencia femenina, como cualquier otra conciencia-objeto no ha invertido la situación? ¿por qué, como sucede en todo enfrentamiento de conciencias, no ha exigido la reciprocidad?

“¿Cómo es posible, —dice la autora— que esa reciprocidad no se haya planteado entre los sexos y que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, y negado toda relatividad a su correlativo, definiendo a éste como la alteridad pura? ¿por qué las mujeres no discuten la soberanía del macho?”<sup>22</sup>

Y más adelante, resumiendo de nuevo la dialéctica del enfrentamiento de las conciencias se pregunta otra vez: “Se comprende enton-

21. Idem.

22. Idem. p.14.

ces que el hombre haya tenido la voluntad de dominar a la mujer, pero ¿qué privilegio le ha permitido realizar esa voluntad?"<sup>23</sup>.

En efecto, mientras que en todos los casos, el enfrentamiento entre las conciencias, aunque se resuelva momentáneamente por el dominio de la una sobre la otra es siempre reversible, en el caso de los sexos, el sexo femenino no ha operado nunca, a lo largo de la historia,<sup>24</sup> la vuelta niveladora de la situación. ¿Cuál es pues la explicación de esto? ¿Cuál es la causa de la aceptación sumisa de su condición por parte de la mujer?

La respuesta que da Simone de Beauvoir no nos resulta enteramente aceptable, y discrepamos allí de la dirección que toma su pensamiento.

Pero antes de referirnos a eso, debemos terminar de señalar, como lo venimos haciendo, el resto de los referentes conceptuales en los cuales se apoya "El Segundo Sexo".

Además de Hegel, y su dialéctica de las conciencias, Simone de Beauvoir es deudora, como ella misma lo señala, del existencialismo sartreano: "La perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista"<sup>25</sup>, nos dice. Para el existencialismo todo sujeto es una libertad que se trasciende hacia un mundo de proyectos, es transcendencia hacia un futuro abierto de cuyo cumplimiento es el único responsable. Si la existencia se abandona cae en la inmanencia y se degrada, se vuelve en-sí en vez de mantenerse como para-sí, conciencia, libertad. Esta degradación de la libertad en inmanencia es una falta moral si es consentida por el sujeto; si le es impuesta toma la figura de la opresión. En todo caso es un mal porque el existente deja de ser auténtico para confundirse con el ser inerte.

El problema de la mujer es que siendo sujeto, existencia y libertad, debe actuar y asumirse en un mundo construido exclusivamente por los hombres, que le imponen que se reconozca como Alteridad Absoluta, como existencia degradada en inmanencia, como conciencia-objeto sometida a la conciencia-sujeto masculina.

23. Idem. p.87.

24. Excepto con mayor o menor éxito a partir del feminismo contemporáneo, porque se ha organizado masivamente.

25. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Cit. Tom. I. p.25.

“El drama de la mujer, añade Simone de Beauvoir, es ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto, que se plantea siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inessential”<sup>26</sup>

Sólo el existencialismo, que rechaza toda forma de determinismo, puede realmente fundar una doctrina de la liberación de la mujer y por ende cualquier reflexión sobre el problema que se pretenda objetiva y sin a priori. Porque el existencialismo no parte de ningún supuesto, excepto, si se quiere, de la libertad, que sin embargo no es otra cosa que la nada que originariamente somos. Así, ningún individuo viene determinando por la Naturaleza o por una Transcendencia cualquiera que ésta sea, a ser esto o aquello; al contrario, él se elige tal dentro de una situación determinada. A la luz de estas nociones, la compleja maraña de la condición femenina puede comprenderse y empezar a desenvolverse con una perspectiva liberadora.

Esto es lo que comprende Simone de Beauvoir al decidirse por el existencialismo como puntal de su ensayo. Y hay aún una noción proveniente de Sartre, que ella no utiliza en “El Segundo Sexo” por no haber sido formulada aún, pero que casi veinte años después señala como un concepto que introduciría en la obra para explicar el enfrentamiento de las conciencias. Se trata de la noción de **rareza**, que Sartre expone en **La Crítica de la Razón Dialéctica**.

La causa del enfrentamiento entre las conciencias, es para Hegel la necesidad del reconocimiento, que lleva a cada conciencia a tratar de someter a la otra. Una vez expuesta por Sartre la noción de rareza, Simone de Beauvoir va a corregir su pensamiento<sup>27</sup>, considerando la explicación Hegeliana demasiado idealista. Ahora las conciencias, en lugar de ser vistas como originariamente enfrentadas, se presentan como originariamente recíprocas, y sólo entran en conflicto a causa de la rareza o escasez: el hecho de que en el mundo en que vivimos no hay suficiente, de lo que se necesita, para todos. Esta escasez o penuria material es lo que introduce la violencia en el mundo, y lo que además de enfrentar al hombre contra el hombre, explicaría el conflicto entre el hombre y la mujer.

Con esta aclaratoria veinte años después, “El Segundo Sexo” cobra nueva actualidad y se mantiene como lo pretende, dentro de la línea existencialista, en todo caso del existencialismo sartreano.

26. Ibidem. p.25.

27. Cfr. el artículo “Le Deuxieme Sexe, L’esprit et la lettre” de Sylvie Le Bon, en: Revista **L’Arc**. Ed. cit., p.p.55-60.

Simone de Beauvoir es también deudora, aunque en mucho menor grado, de Freud y de Marx. Aunque más que señalarla como deudora, sería más exacto decir que admite, aunque con fuertes restricciones, sobre todo en el caso de Freud, algunos aspectos de la interpretación que tanto al psicoanálisis como el materialismo histórico hacen de la condición femenina. En efecto, si bien ciertas afirmaciones del psicoanálisis sobre la situación de la mujer pueden considerarse como válidas, y si la importancia que al marxismo revela en la historia y en el hecho económico son elementos que permiten comprender mejor el problema de la condición femenina, en los dos casos la autora encuentra una falla esencial que marca la debilidad de ambas doctrinas, y es que dan por aceptado (monismo sexual o económico), lo que deberían previamente explicar por un recurso a las categorías ontológicas que definen al existente.

En este sentido, y en la medida en que les reconoce algún valor, Simone de Beauvoir no deja de utilizar, en diversos capítulos de su obra, conceptos tomados tanto al psicoanálisis como al materialismo histórico. En este último caso apoyamos enteramente su decisión, ya que consideramos que aportes como los de Marx, Engels o Bebel a la causa de la mujer, son fundamentales; sin embargo discrepamos de ella en la importancia que, a pesar de las críticas que hace al psicoanálisis, concede a ciertos aspectos de la teoría freudiana y en el uso que, sobre todo en el segundo volumen, hace de ellos.

#### IV. REFLEXIONES CRITICAS

Es preciso referirnos ahora a la respuesta que Simone de Beauvoir da a la cuestión que planteábamos anteriormente: ¿Por qué se ha mantenido la sumisión de la mujer? ¿Cuál ha sido la causa de que históricamente, en ningún momento las mujeres se hayan organizado para invertir la situación a su favor?<sup>28</sup>.

La respuesta a esta pregunta constituye la tesis original de "El Segundo Sexo", la cual trataremos de analizar más de cerca<sup>29</sup>.

28. Esta pregunta habría que formularla hoy en día en forma diferente, pues, como ya hemos señalado, el feminismo contemporáneo organizado masivamente representa un intento en este sentido, y con mayor o menor éxito según el caso, está cambiando la historia.

29. Esto ya lo hemos hecho en sendos trabajos. Más brevemente en el antes mencionado: "La alteridad, estructura ontológica de las relaciones entre los sexos" y de una manera más detallada en "**Mujer, poder y violencia**", trabajo de ascenso presentada en la Fac. de Humanidades y Educación. LUZ, mayo de 1985, Cfr. pp.35-45.

En su respuesta, Simone de Beauvoir acuerda a la biología una extraordinaria importancia, aunque no olvide referirse a la historia. Y si bien afirma que los datos biológicos en sí mismos no son significativos, sino que todo depende de la valoración que la conciencia haga de ellos, el hecho es que en su opinión, desde los tiempos primitivos, interpretando desfavorablemente la biología, la cultura decide en contra de la mujer. Esta nos dice, ha estado siempre oprimida; nunca, ni siquiera en las épocas que han celebrado el principio de lo Femenino, la mujer ha dejado de ser la vasalla del hombre:

“(…) siempre ha habido mujeres; éstas lo son por su estructura fisiológica; por lejano que sea el tiempo histórico al cual nos remontamos, han estado siempre subordinadas al hombre; su dependencia no es consecuencia de un acontecimiento, o de un devenir, no es algo que ha **llegado**. La alteridad aparece aquí como un absoluto, porque escapa en parte al carácter accidental del hecho histórico”<sup>30</sup>.

La causa de todo esto es según ella, la particular biología de la mujer, que la destina a la maternidad y por ello la somete más fuertemente a la especie. En los tiempos primitivos, las repetidas maternidades y los demás aspectos fisiológicos de la condición femenina eran una carga para la comunidad, que a causa de la fecundidad incontrolada de la mujer, tenía más bocas que alimentar. Al lado del hombre guerrero y cazador, la mujer, dedicada a la crianza de sus hijos y a las actividades que su necesario sedentarismo le imponía: agricultura, alfarería, confección textil, elaboración de los alimentos, etc. carece según Simone de Beauvoir de prestigio, ya que se limita a cumplir la función natural de repetir la vida, pero no proyecta ni crea nada nuevo, y por ello no afirma la existencia, como hace el hombre que arriesga la vida en la caza o en la guerra. Aplicando aquí conjuntamente las nociones hegelianas y las existencialistas, nos dice así en dos párrafos claves:

“El guerrero pone en juego su propia vida para aumentar el prestigio de la horda, del clan al cual pertenece. Y, de ese modo prueba brillantemente que la vida no es el valor supremo para el hombre, sino que debe servir a fines más importantes que ella misma. La peor maldición que pesa sobre la mujer es estar excluida de esas expediciones guerreras: el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla: por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra.

Tenemos aquí la llave de todo el misterio. (...) El hombre asegura la repetición de la Vida al trascender la vida por la existencia, y por medio de esa superación crea

30. BEAUVOIR de, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Cit. p.15.

valores que niegan todo valor a la pura repetición. (...) Al plantearse como soberano encuentra la complicidad de la mujer misma, porque ella es también un existente, está habitada por la transcendencia y su proyecto no es la repetición, sino su superación hacia un otro porvenir; ella encuentra también en el corazón de su ser la confirmación de las pretensiones masculinas. Se asocia al hombre en las fiestas que celebran los éxitos y victorias de los machos. Su desgracia es haber sido consagrada biológicamente a repetir la Vida, cuando a sus mismos ojos la Vida no lleva en sí sus razones de ser y esas razones son más importantes que la vida misma”<sup>31</sup>.

La clave de todo esto pues según la autora está aquí, en esta diferente valoración que la conciencia humana hace del sexo que mata y del sexo que engendra y que según ella tiene una raíz ontológica. Aún en aquellos períodos históricos en que la maternidad fue ensalzada y aún adorada la mujer como Madre, Tierra o Diosa, la autora de “El Segundo Sexo” no reconoce en ello ningún beneficio para la mujer. “El poder político —nos dice— ha estado siempre en manos de los hombres”<sup>32</sup>.

La visión que Simone de Beauvoir tiene de la mujer primitiva es completamente negativa, y ni siquiera las actividades que ella realizaba en su medio ambiente: cultivo de la tierra, preparación de alimentos, elaboración de cerámicas y vestimentas, etc. contribuyen a darle a sus ojos algún prestigio. Se place en representar a la mujer primitiva más bien como un ser casi improductivo, aplastada bajo la carga de la maternidad, y carga a su vez para el conjunto de su clan. No ve lo absurdo y extremo de esta posición, puesto que no insiste mucho sobre las actividades que la mujer no sólo ejecutaba “a falta de algo mejor”, sino que ella misma inventó como tantas otras nuevas técnicas de supervivencia en el mundo. Simone de Beauvoir por el contrario atribuye todo el mérito de ésto al macho primitivo. En ello, por supuesto, está influida por Levi-Strauss, cuyas teorías aún no publicadas para la época, conoció en forma de manuscritos.

Cuando habla del patriarcado, que para muchos autores —a quienes preferimos seguir—, representa el verdadero comienzo de la opresión de la mujer, se limita a señalar que confirma y concreta esta condición de opresión a partir de una evolución que para ella pareciera estar inscrita en el orden de cosas primitivas.

En efecto, la tendencia hacia la forma patriarcal le parece ineluctable, pues una vez que el hombre deja de lado el precario prestigio que

31. Ibidem. pp.90-91.

32. Idem. p.97.

en la etapa mágica primitiva "concede" a la mujer<sup>33</sup>, evoluciona hacia una afirmación de sí que implica la imposición de su voluntad: establecerá su paternidad, y su dominación sobre la mujer y los hijos conjuntamente. Este movimiento está para ella, como hemos dicho, inscrito en el orden mismo de las cosas.

"(...) como padre, elegirá afirmarse cuando tal afirmación sea posible. Y por eso toda sociedad **tiende hacia una forma patriarcal, cuando su evolución lleva al hombre a tener conciencia** de sí y a imponer su voluntad"<sup>34</sup>.

Llevando aún más lejos estas reflexiones, llega casi a exaltar y a justificar el paso al patriarcado, de modo que ya no sólo le parece una necesidad, sino prácticamente un progreso para la humanidad. Conjuntamente con eso, la desvalorización de la mujer se hace también necesaria, dado que es la única forma de que la humanidad avance, el prestigio del que primitivamente disfrutaba la mujer, no provenía de su verdadero valor sino de la aureola de misterio que la rodeaba. Al acabar con el misterio y sus temores, el hombre puede por fin instaurar el reinado del Espíritu, de la Transcendencia, de la Razón, de la Técnica. Es el triunfo por fin de la luz sobre las tinieblas y del saber sobre la ignorancia. Todo eso gracias al hombre:

"Poco a poco el hombre ha mediatizado sus experiencias, y tanto en sus representaciones como en su existencia práctica, ha triunfado el principio macho. El Espíritu le ha hecho triunfar sobre la Vida, la transcendencia sobre la inmanencia, la técnica sobre la magia y la razón sobre la superstición. **La desvalorización de la mujer representa una etapa necesaria en la historia de la humanidad**, porque su prestigio no provenía de su valor positivo, sino de la debilidad del hombre; en ella se encarnaban los inquietantes misterios naturales: el hombre escapa de su autoridad cuando se libera de la naturaleza. El paso de la piedra al bronce le permite realizar, por medio de su trabajo, la conquista del suelo y conquistarse a sí mismo"<sup>35</sup>.

Todo esto podría sorprendernos si no conociésemos, tal como acabamos de exponer, la concepción tan negativa que Simone de Beauvoir tiene de la mujer primitiva: sometida al peso de una fecundidad absurda, habitada por la inmanencia, condenada a repetir la vida pero no a exponerla, sin posibilidades de crear para afirmar su existencia, etc.,

33. A causa de lo que todavía es el misterio de la procreación.

34. Ibidem, p.99 destacamos nosotros.

35. Ibidem, p. 100. destacamos nosotros.

el panorama no puede ser más negro para ella. Se entiende entonces que la autora considere la derrota de la mujer como necesaria, su desvalorización en el patriarcado como ineluctable, y a éste como un progreso, una etapa fundamental en la historia de la humanidad, y no como el resultado histórico de una evolución del régimen económico y de filiación "que desplazó" a la mujer y la desfavoreció por completo. Es por eso por lo que, detrás de lo económico, cuyo rol admite, percibe siempre ella sin embargo el aspecto ontológico de las cosas.<sup>36</sup>

"Así, el triunfo del patriarcado no fue ni un azar ni el resultado de una evolución violenta. Desde el origen de la humanidad, su privilegio biológico ha permitido a los machos afirmarse sólo como sujetos soberanos, y no han abdicado nunca ese privilegio; han enajenado en parte su existencia en la Naturaleza y en la Mujer, pero la han reconquistado inmediatamente; condenada a desempeñar el papel del Otro, la mujer estaba también condenada a no poseer más que una potencia precaria: esclava o ídolo nunca ha elegido ella su suerte, (...) ...el lugar de la mujer en la sociedad es siempre el que le asignan, nunca ha impuesto su propia ley"<sup>37</sup>.

Si en efecto, como Simone de Beauvoir lo presenta, a causa de su "privilegio biológico" el hombre expresa mejor la transcendencia, y la mujer, también a causa de su biología, está condenada a la inmanencia, sólo un régimen como el patriarcal podía conducir a la humanidad a una situación de mayor progreso y razón, superando el empantanamiento de lo femenino en la naturaleza repetitiva y ciega. Todo esto es el resultado de la interpretación ontologicista de los datos naturales y de la valoración negativa en extremo, de los parámetros biológicos que hacen a la mujer diferente del hombre<sup>38</sup>.

Simone de Beauvoir interpreta igualmente en términos ontológicos la opresión de la mujer en el patriarcado. Esta se debe no tanto a su supuesta debilidad o a su consagración a la maternidad, cuanto al hecho de que, al no compartir con el hombre el trabajo productor, ella quedaba excluida del *mitsein* humano y devuelta de nuevo a la dimensión de Alteridad en que siempre había estado situada:

"Lo que le ha sido nefasto es que, al no convertirse en una compañera de trabajo para el obrero, ha sido excluida del *mitsein* humano: esa exclusión no se explica

36. Encubierto como ya hemos visto antes por la mención de lo biológico, que prácticamente adquiere un peso esencial en la definición del ser.

37. Ibidem, p.103.

38. Hecha por ella, y no, como pretende, por los hombres y mujeres primitivos.

por el hecho de que la mujer sea débil y de capacidad productora inferior; el macho no reconocía en ella a un semejante porque ella no participaba de su manera de trabajar y pensar y porque permanecía sujeta a los misterios de la vida; dado que no la adoptaba, dado que conservaba ante sus ojos la dimensión del otro, el hombre no podía sino hacerse su opresor”<sup>39</sup>.

No es pues su falta de participación en la vida socio-económica lo que conduce a la mujer a ser oprimida en el patriarcado, sino una razón más profunda, ontológica: su falta de participación en la forma de vida que determina el acceso a un cierto modo de ser. La mujer, dice Simone de Beauvoir, no es productora, y es eso justamente lo que le impide participar del *mitsein* humano y ser vista por el hombre como una semejante.

En los párrafos en que se analiza esto encontramos una incoherencia que es preciso señalar, pues la autora de *El Segundo Sexo* habla como si previamente al patriarcado la mujer hubiera compartido el trabajo productor con el hombre<sup>40</sup>. Pero precisamente, como acabamos de ver, la concepción tan negativa que tiene de la mujer primitiva le lleva a negarle todo valor a su capacidad productora y a sus actividades, señalando más bien su falta de valor comparada con la importancia creativa de la actividad masculina que trasciende a la naturaleza.

En todos estos análisis, y en la explicación que ofrece sobre la causa de la perennidad de la opresión femenina, podemos ver la gran importancia que a pesar de rechazar toda forma de determinismo, Simone de Beauvoir concede a la biología. Ni la biología, ni la psicología, pueden marcar un destino a la mujer, nos dice, e insiste en ello. La opresión de la mujer tiene una historia, es el resultado de una decisión humana, que retoma los datos naturales y los interpreta a la luz de ciertas nociones y valores. Pero a la vez esta opresión se le aparece como algo dado, algo que escapa al carácter contingente de lo histórico<sup>41</sup>. El hecho es que la opresión de la mujer comenzó desde el momento mismo en que hubo hombres y mujeres en el mundo, remonta a los orígenes de la historia y por eso reviste un carácter tan absoluto. Y si bien lo fundamental para explicar el origen de la opresión no es la peculiar bio-

39. *Ibidem*, p.104.

40. “Es posible sin embargo, que si el trabajo productor hubiese seguido siendo proporcionado a la medida de sus fuerzas, la mujer hubiera realizado la conquista de la naturaleza con el hombre”. *Ibidem*, pp.103-104.

41. *Ibidem*, p.15.

logía de la mujer, sino la valoración que de ella hace la sociedad, el caso es que el factor biológico, pese a lo que se diga, es aquí fundamental. Y así, a pesar del trasfondo ontológico de las explicaciones de Simone de Beauvoir, podemos tachar su interpretación como biológica, y desear corregirla a causa de ese mismo defecto. Por otra parte, en lo que respecta a su recurso a la ontología para explicar la condición oprimida de la mujer, tenemos que señalar que la autora no se percata, o quizás para la época no podía percatarse, de que está forzando las cosas y está atribuyendo a los hombres y mujeres primitivas nociones y valores de los que ellos carecían, y que corresponden a otros tiempos y a otras culturas. Nociones y valores que se han ido forjando después de la aparición del patriarcado como otras tantas justificaciones ideológicas de la dominación masculina, y que los pueblos primitivos no podían haber desarrollado aún.

Profundamente imbuida de nociones filosóficas fundamentalmente existencialistas y hegelianas, ella hace una interpretación de los datos naturales bastante tendenciosa, llevando agua al molino de quienes siempre han encontrado motivos "naturales" para justificar la opresión de la mujer. En este caso la cuestión es más grave, pues reviste de peso ontológico datos biológicos que originariamente son neutros en cuanto a su valoración e interpretación.

Así, finalmente, en su ímpetu explicador ella no sale de los caminos trillados de la historia oficial acerca de la presunta debilidad femenina y su sumisión a la maternidad.

En efecto, sólo desde un tiempo a esta parte y con mucha reticencia, algunos historiadores<sup>42</sup> han comenzado a destacar el rol importantísimo de la mujer en los tiempos primitivos como proveedora del sustento de la tribu y de todo lo necesario para sobrevivir en un medio hostil. Mientras los hombres guerreaban o cazaban, muchas veces gratuitamente, las mujeres inventaban la agricultura, la cerámica, el lenguaje, la industria textil, la arquitectura, etc. Esta nueva perspectiva, producto de las modernas investigaciones feministas o promovidas por el feminismo, no se conocía en la época de Simone de Beauvoir, aún marcada a nivel de la ciencia, como ella misma reconoce,<sup>43</sup> por prejuicios masculinos.

42. Sobre todo historiadoras, antropólogas o sociólogas feministas.

43. Cfr. cita. 3.

A partir de aquí nosotros nos apartamos de la explicación, a nuestro gusto demasiado biológica, de Simone de Beauvoir, y rechazamos la interpretación filosófica que ella hace de las causas de la opresión de la mujer por considerarla carente de fundamento en la realidad histórica. No puede interpretarse una época tan remota como la de nuestros primeros antepasados atribuyéndoles valores y nociones que sólo después han surgido en la historia.

Toda esta discusión acerca del origen de la opresión femenina es hoy en día casi ociosa, sin embargo es necesario llevarla a cabo, y para ello es mejor recurrir a los últimos descubrimientos de la antropología. En este sentido preferimos remitirnos a la tesis expuesta por la antropóloga norteamericana Evelyn Reed en su obra "**Woman's evolution**"<sup>44</sup> traducida al francés con el título de "**Féminisme et Anthropologie**" y al español con su título original.

Para Evelyn Reed el matriarcado existió realmente en los albores de la historia, de modo que el clan materno está en el origen de las primeras sociedades. El rol maternal de la mujer, lejos de ser para ella razón de opresión y sumisión, explica por el contrario la función predominante de la mujer en la evolución de la humanidad primitiva hacia formas de vida social, comunitaria y solidaria. Según Evelyn Reed, las primeras creaturas femeninas desarrollan un alto sentido de la cooperación y de solidaridad al tener que ocuparse de su prole, y son ellas las que a partir de allí socializan a los machos de la especie, individualistas y agresivos. Las mujeres primitivas, lejos de ser una carga para la comunidad, eran extremadamente productivas y hasta regulaban su fecundidad, como bien lo demuestra la autora en la obra citada. Su rol en la aparición de las primeras sociedades humanas fue fundamental a partir de la instauración de los tabues y de la organización totémica. Gracias a ellas y a su industriiosidad, los grupos humanos comenzaron a sedentarizarse y a progresar. Desde el punto de vista económico, el rol de las mujeres, a pesar de la maternidad fue tan importante, que a ellas se deben, entre otros, los inicios de: la agricultura, la cerámica, el tejido, la arquitectura, la ingeniería, el trabajo del cuero, el arte, y hasta puede demostrarse, como Evelyn Reed lo hace, que

44. REED, Evelyn. **Feminisme et Anthropologie**. Denoël-Gonthier, París. 1980. Existe edición española en Editorial Fontamara. Remitimos al lector igualmente a la Revista **L'Arc**. Ed. Cit., en la cual el artículo de E. Reed "La biología determine-telle le destin de la femme?" Resume lo expuesto por ella en **Woman's Evolution**.

fueron las mujeres las que descubrieron el fuego y esa importancia "herramienta" que es el lenguaje humano.

Todo esto es posible por supuesto en la comuna matriarcal, dentro de la cual ni la mujer ni el hombre son socialmente oprimidos.

A diferencia de Simone de Beauvoir que rechaza como elucubraciones las teorías de Bachoffen sobre el matriarcado, Evelyn Reed las acepta, corrigiendo sin embargo a Bachoffen en la medida en que éste ve en el matriarcado primitivo la réplica invertida pero exacta del patriarcado. Por el contrario, repite la antropóloga, en la comuna matriarcal fundada sobre la cooperación y la solidaridad producto de la iniciativa de las mujeres, no había opresores ni oprimidos. Resulta difícil, dice Reed, abandonar la mentalidad patriarcal e imaginar una sociedad sin clases y sin ningún tipo de dominación sexista, pero cada sociedad produce un tipo de ser humano diferente, y en la comuna matriarcal los hombres estaban condicionados para ser solidarios y no dominadores.

Así pues, la visión que Evelyn Reed, a partir de sus investigaciones antropológicas, nos pinta de la mujer, es muy diferente a la de Simone de Beauvoir. Dejemos un momento la palabra a la antropóloga:

"Las mujeres primitivas tienen tantas realizaciones a su activo que se puede dudar de su pretendida inferioridad física. Los datos que poseemos en este dominio tienden a probar, lo hemos visto, que las mujeres son, en lo que a eso respecta, a menudo superiores a los hombres.

Las tareas en las cuales los hombres y las mujeres emplearon su fuerza son sin embargo más significativas que sus cualidades físicas respectivas.

La recolección de vegetales, la jardinería, la artesanía, la construcción y el transporte de las cargas incumbieron entre otras actividades laboriosas, a las mujeres, en el momento de la repartición original del trabajo. La realización de estas tareas contribuyó a desarrollar su resistencia e incluso su fuerza: ellos llevaban fardos más pesados que los hombres. Estos últimos, cazadores y guerreros, desarrollaron un tipo de musculatura que se adquiere saltando, corriendo o lanzando proyectiles, pero esos "músculos poderosos" no dieron a los hombres una posición social preeminente. (...) en la sociedad comunitaria salvaje, las mujeres no estaban, como lo están en la nuestra, socialmente oprimidas (...). Las mujeres pues, no estuvieron desaventajadas porque no iban a la caza ni a la guerra. Sedentarias, pudieron consagrarse a todas las actividades laboriosas que debían abrir la vía al progreso, permitir a las tribus establecerse y socializarse poco a poco. Los hombres, si poseían armas para cazar y defender la comunidad, no se servían de ellas para atacar y reducir a la esclavitud a sus hermanos clánicos, y aún menos a sus madres y hermanas. En las sociedades que adoptaron el sistema totémico la vida de los parientes era sagrada, y la de las mujeres tabú lo era, si puede decirse, aún más.

Cada sociedad produce un tipo de hombre diferente, y, en la época matriarcal los hombres estaban condicionados por la sociedad igualitaria y comunitaria establecida por las mujeres".<sup>45</sup>

Esta situación no cambió, señala más adelante E. Reed, sino después de muchos siglos, y luego de una lenta evolución que condujo al patriarcado. Sólo entonces, al aparecer la propiedad privada y el derecho paterno, aparece también en el mundo la condición femenina como una condición de opresión y de sumisión<sup>46</sup>. Lejos de ser pues un progreso el patriarcado, representa un retroceso en la historia de la Humanidad.

De modo pues que para esta autora la opresión de la mujer se explica por un acontecimiento histórico, fechado y bien caracterizado en el tiempo. Antes de la aparición de la sociedad de clases, el problema de la sumisión de la mujer no se planteaba, ya que las relaciones humanas en la comuna matriarcal se basaban en la solidaridad y la igualdad<sup>47</sup>.

Podría decirse que en la explicación de E. Reed hay un recurso a la biología al igual que lo hay en la de Simone de Beauvoir. Esta última rechaza sin embargo el determinismo biológico, y también Evelyn Reed se niega a aceptar que la biología determine el destino de la mujer. Sin embargo ninguna de las dos puede dejar de tomar en cuenta la importancia de la peculiar biología femenina (que la consagra a la

45. REED, E. Ibidem. p.157. Traducimos nosotros. Para todos estos análisis de la obra de Reed véase igualmente las páginas 35-45 de nuestro trabajo **Mujer, poder y violencia** ya citado.

46. Con todas las otras formas de opresión y sumisión que el patriarcado aporta igualmente.

47. BEAUVOIR de, Simone, podría señalar que tal como ella ya lo indica en el capítulo sobre la "Historia", no se trata aquí de una verdadera igualdad, ya que la mujer, respetada y temida a causa de los tabúes que ella misma ha impuesto, no forma parte del mundo de lo humano. E insistiría quizás en añadir con Lévi-Strauss, que a pesar de todo el poder era ejercido por manos masculinas, es decir por el padre o el hermano mayor en lugar del marido. Evelyn Reed por su parte, como hemos dicho, ve en la comuna matriarcal una fuente de auténtica igualdad para la mujer y rechaza de ella toda idea de poder y dominación, ya sean ejercidos por la mujer o por el hombre. Por nuestra parte pensamos que la manera como la mujer haya logrado la igualdad y el respeto en la comuna matriarcal, (a través de los tabúes y condicionando al hombre para la solidaridad), no invalida éstos ni los hace menos concretos. No creemos tampoco que esto ponga a la mujer fuera del *mitsein* humano. También el hombre, para hacerse respetar en el patriarcado, además de imponer su ley, por la fuerza, se vale de la ideología y se aureola de múltiples artificios.

maternidad) para tratar de explicar su condición, porque no puede pensarse a la mujer como una entidad abstracta sin falsear el problema. Lo que cuenta es lo que cada una de ellas concluye a partir de los datos biológicos. Simone de Beauvoir funda a partir de ellos, y mediante una explicación que se remite a la ontología y nos presenta a los datos naturales retomados negativamente por el universo cultural de nociones y valores, una interpretación de la condición femenina que nos hace ver a la mujer como sometida desde siempre, y emergiendo apenas ahora hacia una posibilidad de liberación.

Para E. Reed, la biología específica de la mujer estaría en el origen de la evolución de la especie primitiva hacia lo humano, y sería el fundamento de una primera forma social, la comuna matriarcal, en la cual la noción de poder, el dominio de unos individuos sobre otros no tendrían curso. No sería sino después de que el patriarcado destruyó al matriarcado que la dominación y la sumisión habrían aparecido en el mundo.

Como vemos, son dos posiciones muy diversas, y aún cuando ambas pueden fundar una teoría de la liberación de la mujer (es eso lo que en el fondo logra el Segundo Sexo) preferimos en ese punto específico: la comprensión del origen de la opresión femenina, seguir a E. Reed. Su explicación nos parece más cercana a la realidad y más convincente a causa de los vestigios del pasado y de los testimonios en que se apoya, lo cual le confiere una cierta validez científica. Ciertamente que en este terreno cuando se atribuye valor científico a una teoría hay que hacer lugar aún a un cierto margen de duda y error, pero en todo caso la posición de E. Reed nos parece mucho menos especulativa que la de Simone de Beauvoir. Sin embargo, lo que en definitiva debe quedar en claro, es que cualquiera que sea la explicación aceptada acerca del origen de la opresión femenina, no debemos olvidar que lo fundamental es la lucha actual en pro de la liberación de la mujer, y ésta no necesita más justificaciones que la que se deriva de la injusticia que originalmente constituye su opresión. La necesidad de comprender las causas de esta injusticia milenaria responde a la sed de comprensión y clarificación de su mundo que caracteriza al espíritu humano.

Para concluir, debemos referirnos de nuevo a la obra de Simone de Beauvoir para insistir sobre lo que hay en ella de determinante e insuperable, aún en nuestros días.

Pese a todo lo que se ha escrito de nuevo con respecto a la problemática de la mujer, la mayoría de los análisis de "El Segundo Sexo" no

han perdido nada de su frescura, y aún hoy en día siguen siendo exactos. Dejando de lado los desacuerdos y críticas que hemos manifestado, creemos como ya lo señaláramos en un trabajo,<sup>48</sup> anterior, que el gran acierto de Simone de Beauvoir es la introducción de la categoría de la alteridad para explicar las relaciones entre los sexos. En este sentido sus análisis son incisivos, exactos y las más de las veces brillantes. Su reflexión sobre la situación de la mujer a lo largo de la historia y su análisis de los mitos se caracterizan no sólo por la abundante documentación que exhiben sino por su agudeza y penetración del problema que tocan. Otro tanto debe decirse de todo su estudio sobre la situación concreta de las mujeres, realizado en el segundo volumen de la obra.

Quienquiera que desee analizar con detalle la problemática de la condición femenina no puede dejar de referirse a esta obra, sin duda alguna la más influyente de las que escribió su autora. Sorprende aún hoy por la actualidad que conserven la mayor parte de sus tesis. A treinta y siete años de distancia se comprende aún mejor el rol de pionera que cumplió Simone de Beauvoir al escribir esta obra. Todo esto, sumado a los méritos intrínsecos del texto, la hacen todavía, y por mucho tiempo aún, imprescindible.

Sin pecar de exageración, creemos poder afirmar además que "El Segundo Sexo" fue en gran medida determinante de la iniciación de los actuales movimientos feministas, que por primera vez en la historia han agrupado masivamente a las mujeres en busca de su liberación. Paradójicamente esta obra contribuyó a producir aquello cuya carencia señalaba constantemente: la ausencia de un movimiento organizado de mujeres que invirtiese la situación a su favor y condujese a un mundo de reciprocidad e igualdad.

En este sentido puede decirse para concluir, que pocas obras como "El Segundo Sexo" han marcado tan profundamente a una época y han producido efectos tan concretos y durables. Las mujeres organizadas en el mundo entero lo saben, y por ello reconocen en Simone de Beauvoir, mujer entera y escritora, a una de las suyas.

48. COMESAÑA S., Gloria M. "La alteridad, estructura ontológica de las relaciones entre los sexos". Ed. cit.